

como especialista en esta materia el Dr. Fernando Malanco, Director de la Inspeccion de la Vacuna.

Varias han sido las epidemias de *Sarampion* y de *Escarlatina*—de esta última, de los años de 1836 á 1840—que ha habido en la República en lo que va trascurrido del actual período; pero no teniendo en este momento los datos suficientes para hacer su historia, nos limitaremos á mencionar solamente la epidemia de Sarampion que hubo en las ciudades de Veracruz, Orizaba y México, allá por el año de 1878 á la llegada y desembarco de los primeros colonos italianos que vinieron al país. De las epidemias que ha habido de Escarlatina solo dirémos, que algunas han sido tan terribles, que varias personas no han resistido sus ataques más allá de veinticuatro horas y eso contando con los prodromos.

De *Tifo* hemos tenido varias epidemias, entre otras: una en tiempo de la invasion americana en los años de 1846 á 1847; otra despues de la entrada de los liberales á México en el año de 1860; otra en los años de 1876 á 1877, y, por fin, una en el primer semestre del año de 1884 en que se presentó amenazadora á la Capital. Por supuesto que no ha faltado nunca y parece que cada año aumenta, en la Capital, esta enfermedad, al estado esporádico.

De 1836 á 1840 teniamos en México una epidemia, segun se afirma, de *Fiebre tifoidea*.

Últimamente, de 1883 acá, además de los lugares en que es endémica la *Fiebre amarilla* ó *Vómito prieto*, se han presentado asoladoras epidemias de tan terrible enfermedad en las costas del Océano Pacífico, que siempre hasta entónces habian sido respetadas.

La *Gripa* se observó en México de una manera epidémica en los meses de Febrero y Marzo de 1879.

En los años de 1877 y 1878 tuvimos una epidemia bastante grave de *Angina difterítica* en los niños.

Réstanos, para concluir con lo que se relaciona á las epidemias, hacer la historia del azote que bajo su enorme peso ha agobiado á la humanidad y cuya aparicion por primera vez en el mundo civilizado, empezó en este período, haciendo célebres en los anales de nuestra epidemiología sus correrías por todos los países del globo.

Queremos hablar del *Cólera morbus*.

El cólera catástico y esporádico lo ha habido en el mundo desde tiem-

po inmemorial, desde ántes de Esculapio; pero el *Cólera morbus* grandemente epidémico, sólo se encuentra mencionado en los anales hasta el año de 1832, en que hizo su primera y más grande excursion. Hacia siglos que existia endémico en el Asia, cuando en el año de 1815, se le vió con gran sorpresa aparecer en el Malabar, y en 1817 en el Delta y á fines de ese año, fecha memorable en los anales de epidemiología, abandonando las bocas del Ganges, su cuna, y traspasando la barrera misteriosa que hasta entónces le habia tenido allí sujeto, apareció simultáneamente en dos puntos opuestos de la India, Chittagond y Patúa, empezando desde allí sus memorables excursiones, recorriendo sucesivamente el Indostan, en 1819 las islas de Sumatra y San Mauricio, en 1820 Java y Borneo, despues la Indo-China, en 1821 la Persia, la Arabia, la Siria, la Cochinchina, la China, etc., y pasando del Asia á la Europa, en 1823 se presentó en sus fronteras, recorrió todo el Sudeste, siguió á lo largo la costa occidental del Mar Caspio, las orillas del Volga y del Don hasta Astrakán, llegó en 1829 á la Rusia, de allí en 1830 se propagó á la Polonia y á la Alemania, en 1832 penetró á Inglaterra y á Francia, en 1833 á Suiza, Holanda y Portugal, y entónces, de la manera que verémos dentro de un momento, hizo su primera visita á las playas vírgenes del mundo de Colon.

Pero limitemos estos apuntes á nuestras epidemias.

Tres han sido, hasta hoy, los más grandes y memorables viajes del terrible azote del Ganges en los que ha llegado hasta los países de América: el primero, en los años de 1817 al 1837; el segundo de 1847 á 1850, y el tercero de 1853 á 1854, en todos tres habiéndose internado y habiendo hecho grandes estragos en la República mexicana. En los años de 1865 y 1866, y desde el año de 1882, en que ha invadido á varias naciones de Europa, como la Francia, la Italia, la España, etc., hasta la fecha, sólo ha estado amenazándonos, pero no ha vuelto á presentarse, al ménos bajo forma de epidemia, en el suelo de la República.

Véase la historia de nuestra primera epidemia.

Allende los mares habia hecho ya el *Cólera* en 1832 rápidas irrupciones en Alemania, Inglaterra y Francia, cuando habiendo pasado de allá á los Estados Unidos, se dió el primer grito de alarma, de que su visita aquende el Océano era inevitable. Ya el telégrafo y los buques nos habian estado anunciando la marcha invasora de la terrible epidemia, y el Gobierno mexicano, con febril actividad, pedia en 1831, in-

formes sobre la enfermedad al Protomedicato; consultaba medidas á la Junta de Sanidad, y encargaba al Cuerpo Médico del Ejército la formación de un reglamento sanitario, y en 1832, en que ya eran mayores los estragos que hacia el mal en Asia y en Europa, comisionaba, por conducto del Ministro mexicano, al Dr. Hordas, médico de la legación mexicana en Lóndres, para que escribiera un dictámen sobre él; convocaba juntas de médicos para discutir y presentar los medios preservativos para la próxima epidemia; publicaba, para ilustrar asunto tan enteramente desconocido para nosotros, una traducción de las lecciones sobre esa enfermedad dadas por Broussais en la Escuela de Valde-Grace; excitaba al Director del Cuerpo de Sanidad Militar, Don José Ruiz, para que promoviera en su Cuerpo estudios é investigaciones, buscando, si era posible, librar al país de la invasión, y, en suma, hacia todos los aprestos para esperar á un enemigo cuya visita era ya inevitable, cuando, por fin, el terrible mal lo recibiamos en 1833, por la vía de los Estados Unidos, por Quebec y New-York, y de la Habana, por Tampico, á la vez que aparecía en Chiapas y se extendía por todos los ámbitos del país, desde el Golfo hasta las costas del Pacífico, y desde las fronteras del Norte hasta la América del Centro, cebándose en nuestra patria y haciendo terribles estragos.

Entónces, como en todos los grandes azotes que afligen á la humanidad, se vió aparecer en abundancia el charlatanismo que encontraba un rico filon que explotar, y los curanderos, y los aficionados, y los frailes hospitalarios se multiplicaron por todos los ámbitos del país, ensayando tratamientos empíricos, inútiles y no pocas veces dañosos. En los anales de epidemiología de entónces, se registra, entre otros, como muy popular, el nombre de un curandero español llamado Rafael G. Martínez, al que el vulgo tributó admiración pródigándole multitud de elogios, afirmando que sus medicinas fueron las que mejor probaron en la epidemia y que "...su autor supo curar el cólera mejor que muchos de los envidiosos facultativos mexicanos"—en esta clase de elogios todavía abunda nuestra prensa profana cuando se observa algo parecido,—aseveraciones que felizmente fueron combatidas por un discípulo de la antigua escuela universitaria, el Dr. José Mariano Dávila Arrillaga, aunque empleando para ello armas del período metafísico, ya muy gastadas, tales como cumulosas citas de autores españoles y una serie de argumentaciones escolásticas, quien, en cuanto al fondo, hi-

zo un anticuado análisis de la terapéutica que se proponía, y en cuanto á la forma, destrozó con una acerada y justa crítica el escrito. Mala y todo esta réplica, al ménos formuló una protesta contra tales heregías científicas, á nombre de los facultativos mexicanos.

Pasarémos ahora brevemente en revista, siquiera sea bajo el punto de vista histórico, los tratamientos que en esa epidemia se emplearon y el juicio que se formó entónces sobre ellos.

En 1833, cuando el Cólera se empezaba á anunciar en la República, el Dr. Halphen, de New Orleans, trasmitió al Presidente de la República el método curativo que allá había seguido con buen éxito, y le suplicaba mandara lo ensayasen aquí los facultativos. Los agentes terapéuticos de su método eran el sulfato de quinina y la tridaza.

Otro tratamiento que entónces se siguió mucho en la Capital y en los Estados del Interior fué uno llamado por el vulgo "Bebida de las tres legías," tratamiento que propagó mucho en Lagos, en el Estado de Jalisco, un Sr. Martin del Campo, y la bebida era compuesta de tequezquite, cal apagada y ceniza, todo disuelto en agua, la que se administraba en pozuelos.

Pero el tratamiento que más voga alcanzó entónces y sobre el cual se hicieron más estudios nacionales y extranjeros, fué el del palo huaco, cuya historia de introducción vamos á hacer aquí.

El huaco (*Micthania huaco*, Humb. et Bompl.) es una planta que crece en los Estados de Tabasco, Veracruz y otros, á la que los indígenas tienen gran fe como remedio eficaz contra la mordedura de cualquier animal ponzoñoso, especialmente contra la de la víbora, yerba sin la cual no se atreven á atravesar un bosque y la que usan mascando sus hojas, tragando su jugo y aplicándose el bagazo, segun se dice, con buen éxito, en el mismo lugar de la mordedura. El Dr. extranjero Juan Luis Chavert, médico del Ejército mexicano, hombre observador y juicioso, que había oído referir las citadas propiedades del huaco, habiéndole parecido encontrar mucha analogía entre los síntomas del Vómito prieto que él había observado mucho en Veracruz y los producidos por las mordeduras de las víboras, en las que con tan feliz éxito aplicaban los naturales aquella planta, quiso ensayarla contra aquel, y, cuenta en alguno de sus escritos, que lo hizo con tal suerte, que de veinticuatro enfermos de Fiebre amarilla que trató en el año de 1831 en Veracruz, con el citado medicamento, empleado bajo la forma de cocimientos li-

geros, tinturas alcohólicas al interior y en lavativas, obtuvo veintitres curaciones. En el año de 1832, habiendo hallado el mismo Chavert analogía entre los síntomas del Cólera, que describían los escritos que llegaban de Europa, y los del Oómito, siguiendo en el camino que ya otra vez le había dado tan brillantes resultados, recomendó á la Sociedad Real de Medicina de Burdeos que ensayara este medicamento, del que le envió una caja, contra el Cólera, lo que aquella hizo en los años de 1832 y 1833. En un trabajo que con tal motivo publicó esa Sociedad se refiere, que habiendo empleado el cocimiento de las hojas y del palo del huaco en once enfermos afectados de la terrible enfermedad, se salvaron ocho. Hé aquí como se resúmen en esa Memoria los efectos del medicamento en cuestion. Empleado en cocimiento é infusion, á dosis corta, y en tintura etérea, que es muy activa, el huaco es un magnífico diaforético que quita los calambres; produce vómitos de un color verde bajo; suprime ó disminuye las evacuaciones; despierta la contractilidad del corazon, y trae una convalecencia rápida.

El Dr. François lo ensayó tambien, á instancias del mismo Chavert, en Paris, en los hospitales de Saint Louis y Hotel Dieu, parece que con buen resultado.

A consecuencia probablemente de todos estos maravillosos éxitos, que con velocidad inaudita se supieron en 1833 en Europa, se empezaron á hacer tales exportaciones del palo medicamentoso, de Chiapas al extranjero, que nuestro Gobierno creyó necesario intervenir en el negocio prohibiendo severamente que se siguieran haciendo de él tan grandes exportaciones, que en un caso dado privarian al país de su medicamento, y recomendando á la Junta de Sanidad que lo ensayara y lo experimentara.

Como es de suponerse, apénas apareció el Cólera en el país en el año de 1833, cuando el Sr. Chavert estudió y ensayó luego por sí mismo su tratamiento, sobre el que escribió una disertacion. Hé aquí en qué consistió.

Usó de un cocimiento, cuya fórmula era:

Palo huaco.....	8	gramos.
Hojas del mismo	2	„
Agua.....	750	„

Todo esto lo hervia hasta reducir el líquido á la cantidad de 500 gramos.

Usó tambien de una tintura que preparaba con:

Palo huaco.....	45	gramos.
Hojas del mismo.....	15	„
Aguardiente.....	750	„

Esta no la usaba sino hasta despues de que habia durado en maccion ocho dias.

Apénas un individuo era afectado del Cólera, el Dr. Chavert le daba, cada quince minutos, una cucharada de agua alcoholizada con el aguardiente, y tres del cocimiento, método que seguia hasta obtener la completa curacion.

En ese mismo año, apénas apareció la epidemia, cuando el Presidente de la República, que lo era entónces el Dr. Valentin Gómez Farías, comisionó al Director del Cuerpo de Sanidad Militar, Dr. Pedro del Villar, para que escribiera algunos preceptos al pueblo, que sirvieran á éste para precaverse ó curarse de la enfermedad, quien con tal motivo dió á la estampa un pequeño opúsculo escrito en lenguaje claro y sencillo, adaptado á las personas á que se destinaba, modesto y digno de ser consultado en esa clase de epidemias.

Vamos á dar á conocer ligeramente algo de su contenido.

En la parte preventiva ó destinada á la higiene, es bastante claro y explícito, como que se dirige al pueblo, y se muestra partidario del sabio principio de que mejor es prevenir una enfermedad que curarla.

En la parte en que se ocupa de su tratamiento, da á conocer los procedimientos nacionales, mencionando la famosa "Bebida de las tres legías" y el método curativo empleado por el Sr. Chavert, del que se muestra partidario, y luego propone el suyo que siguió despues religiosamente y el que consistia, ó bien en dar al enfermo tazas de agua caliente, repetidas cada cinco minutos, hasta provocar la basea y obtener una abundante diaforesis, ó bien en administrarle el huaco bajo forma de bebidas y friegas repetidas, preparadas con esa planta, de la manera siguiente: